

Cuando nos volvamos a encontrar.

La pandemia está lejos de desaparecer y las consecuencias de su paso por nuestra vida aún no se puede visualizar. El daño económico que está produciendo; el descubrimiento de la verdadera realidad de la población; el daño que provocará en las familias; la subsistencia de las instituciones, y la nueva forma de enfrentar la vida, será materia de estudios y de un largo proceso de readecuación.

Nada ha sido fácil para los afectados y tampoco para los que han pasado incólumes por la crisis. Nada va a ser igual y es el remezón que esperaba la naturaleza humana para tomarle el verdadero sentido a la identidad y solidaridad del ser humano. Sin querer vivimos la experiencia de tantos filmes de zombis, pandemias, invasiones alienígenas y de impactos de meteoritos. Los veíamos como una entretención y, de pronto, debimos protagonizarla. Cada uno en su papel, cada uno cuidando sus intereses, cada uno buscando subsistir. La sorpresa inicial, la confusión a todo nivel, la falta de liderazgo y la notoria ausencia de una voz con superioridad moral que llame a la calma o que interceda como mediadora entre los requerimientos de la población y la clase política, nos ha dejado realmente huérfanos.

El temblor ha acomodado nuestras prioridades, nos hemos dado cuenta que con la ropa que tenemos podemos arreglarnos, que no es necesario viajar o adquirir cosas para ostentar, que a pesar de todo hay gente que ha perdido mucho, incluso la vida y que para ello no hay reparación. Estaremos saliendo de nuestras casas como los antiguos que salieron de sus cuevas cuando terminó la glaciación, o los que entraron a las ciudades después de las pestes, o los que volvieron a cultivar los campos cuando los bárbaros se retiraron.

Reencontrarse será difícil, además, porque la boquilla nos impedirá ver la sonrisa, aquella expresión que muestra nuestro verdadero estado de ánimo y que a través de las pantallas de una video conferencia no logra convencer. Necesitaremos reconocernos porque, aunque haya pasado seis meses o más, nuestros cuerpos habrán cambiado. El sedentarismo causará sus efectos y un nuevo modelo de vida tendremos que asumir.

Habremos aprendido a criar a nuestros hijos, a soportar a nuestras parejas, a convivir con nuestros padres y abuelos y eso, para muchos habrá sido una carga o un retroceso, pero los que lo hayan logrado tendrán futuro. Para ser honestos, habíamos dejado todo eso a terceros y nos conformamos con tener “una vida propia”, egoísta y unipersonal, buscando en otros lugares el relajó y el gusto temporal. Pasar obligadamente el tiempo en familia nos lleva a valorar lo que ha sido nuestro pasado y lo que hemos sembrado en nuestro presente. Si la razón de aquello se fundó en el amor, no habrá problemas, pero si fue casual, por compromiso o por oportunidad, habrá mucha tarea para abogados, psicólogos y terapeutas familiares.